

El barrio dieciocho

(o la noche cuando se inauguró la luz)

pedro lemebel

al caminar por la cáscara rancia del viejo Santiago, más bien de ir callejeando por esos barrios del centro aledaños a la Alameda de Las Delicias, por Vergara, Ejército, Echaurren o Dieciocho, donde un airecillo europeo aún mantiene en pie las columnas de alguna casa señorial en que hoy mean los curados y los jóvenes rayan sus graffitis violentos. Un verdadero museo plagado de añoranzas y mansiones neoclásicas, una colección de estilos parisinos, londinenses y versallescos, el orgullo pituco de las castas adineradas que chispearon de esplendor esta ciudad en los comienzos del siglo.

Tal vez, en la misma época que muchedumbres de obreros y asalariados hacían nata en los cités y conventillos de ese Santiago republicano, viviendo familias enteras en una sola pieza, achoclonadas en el mínimo espacio usado de comedor, dormitorio y cocina. Una sola pieza para los pobres que debían comer, dormir y cagar mirándose las caras, soñando ilusionados con el futuro de una casa propia. En la misma época, la aristocracia chilena se daba el lujo de habitar esos castillos de tres pisos, con sala de estar, biblioteca, comedor de diario y comedor de banquetes donde se lamían los bigotes los Cousiño, los Irrarrázaval, los Larraín jugando a ser una realeza criolla en un paisaje ensombrecido por la miseria.

A lo mejor Dios siempre estuvo del lado de los ricos, y fue por eso que una de las primeras iluminaciones eléctricas se inauguró en una gran fiesta ocurrida en esas mansiones. Allí estaba toda la nata paltona de Santiago, con los ojos blancos esperando el milagro de la luz. Doña Martita Goyenechea y doña Isidora Etchegoyen se comían las uñas mirando las lámparas de cristal traídas especialmente de Florencia para la ocasión. Todas las damas de la enjundia social, se arrepollaban en sus almidones crespos tomando una copita de mistela esperando nerviosas el relámpago. Pero para doña Sarita y doña Isidora, esa neura era sólo una pose de distinción frente a un destello conocido, porque ellas dos, ya habían visto la luz eléctrica en un reciente viaje a Europa, y aguardaban el chispazo para lucir sus joyas, brillantes y rubíes que brillarían como fuegos artificiales para la envidia de sus amigas. En tanto, más allá de los salones, en la calle, fuera de las rejas que rodeaban el caserón, se fue juntando mucho pueblo para ver tras las ventanas la chispa de Dios. Ojos morenos de mujeres y niños curiosos, se empinaban en sus chancletas para atisbar el sagrado momento.

La copucha encandilada del populacho se apretujaba impaciente riéndose intranquilos para la conmovición. Era un murmullo expectante que fue creciendo y llamó la atención de doña Isidora Etchegoyen, que alarmada se asomó al balcón, y al descubrir la gran sombra bulliciosa de ese público roteque, llamó desesperada a un mozo para que cerrara las cortinas.

Así, el milagro de la luz fue sólo para unos pocos, unos cuantos ojos azules que brindaron con mezquindad por el suceso. El resto, la gran masa popular, tuvo que esperar varios años para que la miseria amarillenta de una ampollita llegara a sus conventillos. En tanto, el barrio Dieciocho se empachó de luz esa noche, y siguió por mucho tiempo abutagándose de privilegios y festejos en la copia piñufla de su edén imperial.

Sin duda, esos barrios quedaron vacíos cuando la plebe campesina llegó en manadas a ocupar el centro de la ciudad. Para entonces, las regias familias Subercaseaux, Larrañagas y Conchazzotes, emigraron putifruncis al barrio alto, cerca de la cordillera para estar más cerca de la luz de Dios, y así no toparse con el perraje.

Hoy en día, al mirar la decadencia póstuma de esos sarcófagos de tres patios, las viviendas donde la aristocracia acunó sus pliegues de minué y fue testigo egoísta de la magia de la electricidad. Al caminar por su veredas quebradas, cuesta imaginar la gloria pomposa de estos barrios actualmente habitados por universidades y oficinas que refaccionaron los salones del vals para instalar escritorios y computadoras. Resulta difícil pensar que en esos potreros de piezas alguna vez la burguesía hizo vida familiar teniendo todo tan lejos. ¿Cómo llegaría al baño doña Sarita Goyenechea? Si había que subir tres pisos y correr una cuadra con el poto a dos manos, cagándose sola de pura emoción por la colitis que le vino esa gran noche cuando se inauguró la luz.

Víctor Jara el boom que viene

ignacio iñiguez

el reciente descubrimiento en canal 13 del fragmento de una actuación de Víctor Jara junto a Quilapayún durante el Festival de la Nueva Canción Chilena en 1968 es una metáfora de lo que 30 años después ocurre en el país. El hallazgo corresponde a unos pocos minutos de cine, en formato... sin sonido como se trabajaba entonces en televisión.

Es una metáfora del presente porque cuando la periodista Carmen Luz Parot, autora del documental "el derecho de vivir en paz" acerca de la vida y obra de Víctor Jara, solicitó la ayuda de los canales chilenos, se le informó que todo había sido quemado tras el golpe. El antiguo registro encontrado es entonces el vestigio de un incendio, lo que no alcanzaron las llamas y por lo tanto pasa a ser una reliquia.

Pero como la memoria de aquella época sigue estando proscrita, la reliquia viene santificada con el silencio. Es la mudez del testimonio la que permite blanquear su recuerdo a los ojos de la poderosa empresa de televisión, que obviamente permitió en su momento la purga de sus archivos.

El fragmento entregado a la Fundación Víctor Jara servirá para mejorar el documental de Carmen Luz, cuyo inusitado éxito (durante el recital de Inti Illimani los productores quedaron sorprendidos durante la exhibición de 2 horas que mantuvo en un silencio expectante a todo el ex estadio Chile) puede transformarse en un serio incentivo para que los artistas del rating pongan al cantautor asesinado a trabajar para el people meter.

Ya hay indicios, como un CD de antología dieciochera donde un sello puso canciones de Víctor Jara junto a otras de Los Huasos Quincheros. Son manotazos de ahogado en aras de una reconciliación sin condiciones.

Signos mayores existen también, y preocupantes para los cerebros de planificación de mercado de la televisión. El primer lugar en el lanzamiento del sistema Pay per view (o vídeo por demanda), de la cadena Sky, alcanzado por "La Batalla de Chile", de Patricio Guzmán, así como su altísima venta como vídeo, son signos preocupantes de la contienda por la audiencia que ha de venir.

El interés juvenil acerca de Víctor Jara no es en todo caso de hoy. El montaje teatral de Mateo Iribarren, o el tributo en CD (que ya lleva disco de oro y anuncia dos nuevas ediciones) dan cuenta que el interés nació antes en el público que en la mente de los estrategas.

Por esto los gestos en la tele. En esta época de monos, con muchos gestos y pocas palabras claras, la actitud de ambientar con música de Víctor Jara una nota acerca de un minero que vive aislado en la cordillera en el norte, fue tal vez una decisión calculada en el programa de TVN "Pase lo que pase", especialmente si la nota siguiente era la entrevista en que Gonzalo Cáceres contaba que él no le robó las joyas a la Sarita.

Lo malo en estos gestos es que son a la ligera, por cumplir. Por ejemplo en la nota del minero andino, la canción que ilustraba la entrevista era "Plegaria de un labrador", la honda oración a Dios de... un campesino.

¿Qué es lo que anima a recuperar la cultura de aquellos años a los jóvenes de hoy? Se estarán preguntando los asesores. Y es que les debe resultar increíble que a pesar del infinito esfuerzo por borrar de una plumada toda nuestra era beat-rock and roll y revolución incluidas- aún alguien se acuerde de ello, y hasta anden hurgando -como Carmen Luz- en los armarios de papá y de mamá para ver por sí mismos cómo es que fue tan profunda y atormentada la Diferencia -esa que cantaba Violeta Parra-, y de si no hubo entonces una manera mejor de arreglar la carga, o de apearse del caballo.

Pero el fragmento de Víctor Jara y Quilapayún es mudo, como se trabajaba en televisión entonces, con el sonido sincronizado desde el magnetófono al momento del noticiario y luego fuera, sin esa especie de eternidad electrónica que tenemos hoy. Esas imágenes son la metáfora de un silencio forzado, que sin embargo es debido a su inherente escasez (primer principio de la economía liberal) demandado con mayor fuerza por las nuevas generaciones. Estas están, por lo visto seriamente empeñadas -como Carmen Luz- en explicarse qué fue lo que realmente ocurrió entonces.